

XIV

EL SUEÑO

Por esta razón imploró al Señor, solitario en el calabozo, y dijo:

—Señor mío, vuestra bondad es infinita respecto á mí y vuestra predilección manifiesta, pues habéis permitido que yo yaciese en un estercolero, como Job y Lázaro, á quienes tanto amasteis. Y me habéis consentido saber que la paja inmunda es para el justo una dulce almohada. ¡Oh, hijo querido de Dios, que descendiste á los infiernos, bendice el reposo de vuestro siervo acostado en foso obscuro! Y puesto que los hombres me han privado de aire y de luz por confesar la Verdad, dignate iluminarme con luces de alba eterna y de alimentarme con llamas de tu amor, ¡oh viviente Verdad! ¡Señor, Dios mío!

Así el santo hombre Giovanni oraba con los labios. Pero inconscientemente recordaba las palabras del Contradictor. Y estaba turbado hasta el fondo de su alma. Y entre turbaciones y angustias se durmió.

Y porque el pensamiento del Contradictor pesaba sobre su sueño, no se durmió como el pequeño acostado en el regazo de su madre. Y su dormir no estaba acariciado de risas y leche. Y tuvo un ensueño. Y vió en sueños una rueda inmensa que de vivos colores brillaba.

Y se parecía á esas rosas de luz que florecen en el frontispicio de las iglesias, por arte de obreros tudescos, y que representan en el límpido cristal la historia de la Virgen María y la gloria de los profetas. Pero el toscano ignora el artificio de esas rosas.

Y esta rueda era grande, lúcida y clara, mil veces más que las mejor trabajadas rosas, trazadas con el compás y pintadas con pincel en el país de Alemania. Y el emperador Carlos no la vió semejante el día de su consagración.

Sólo contempló con sus ojos mortales una rueda más espléndida, aquel que conducido por una dama entró vestido de carne en el Santo Paraíso. Y esta rosa parecía hecha de luz, y era viviente. Mirándola bien, se reconocía que estaba hecha con una multitud de figuras animadas, y que hombres de todas las edades y de todos los estados, en apretado tropel, componían el cubo, los radios y la llanta. Estos hombres iban vestidos según su condición: se reconocía fácilmente al papa, al emperador, á los reyes y las reinas, á los obispos, á los barones, á los caballeros, á las damas, á los

clérigos, á los burgueses, á los mercaderes, á los procuradores, á los boticarios, á los labradores, á los impúdicos, á los moros, á los judíos. Y, como todos los habitantes de la tierra aparecían en esta rueda, también se veía á los sátiros y los cíclopes, á los pigmeos y los centauros que Africa sustenta en sus arenas ardientes, y á los hombres que enumera Marco Polo el viajero, los cuales nacen sin cabeza, con un ojo bajo el ombligo.

Y de los labios de cada hombre salía una banderola ostentando una divisa. Y cada divisa era de un color que no se repetía en ninguna otra, y, en el número incalculable de divisas, no se hubiese encontrado dos semejantes. Pero unas estaban empapadas en púrpura, otras teñidas en las luces del cielo y de la mar ó en el claror de los astros. Las había que verdeaban como la hierba. Muchas eran muy pálidas; muchas, muy sombrías. De suerte que la mirada encontraba en aquellas divisas todos los colores de que el universo se pinta.

El santo hombre Giovanni empezó á leerlas.

Y, por este medio, conoció los pensamientos diversos de los hombres. Y, habiendo leído bastantes, advirtió que esas divisas eran tan variadas por el sentido de las palabras como por el color de las letras, y que las sentencias se oponían entre sí, de tal suerte, que no había una sola que no contradijese á las otras.

Pero también vió que esta contrariedad existente en la cabeza y el cuerpo de las máximas no subsistía en sus extremidades, y que todas se acordaban por abajo exactísimamente, llegando al remate de idéntica manera, pues cada una terminaba con estas palabras: TAL ES LA VERDAD.

Y pensó:

—Estas divisas son semejantes á las flores que los mozos y las doncellas cogen en las praderas del Arno para formar ramilletes. Pues estas flores se reúnen fácilmente por los cabos mientras que las cabezas se desvían y disputan en esplendor. Y lo mismo sucede con las opiniones de la gente terrestre.

Y el santo hombre encontró en las divisas una multitud de contradicciones tocantes al origen de la soberanía, las fuentes del conocimiento, los placeres y las penas, las cosas que son permitidas y las que no lo son. Y advirtió también grandes dificultades referentes á la figura de la tierra y á la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo engendradas por los herejes, los árabes, los judíos, algunos monstruos de Africa y varios epicureístas, que en la rueda centelleante aparecían con una banderola entre los labios.

Y cada sentencia se terminaba con estas palabras: TAL ES LA VERDAD. Y el santo hombre Giovanni se maravilló de contemplar tantas verdades diversamente coloreadas. Veíalas rojas, azu-

les, verdes, amarillas y no las veía blancas. Ni siquiera la que proclamaba el papa: «La Piedra ha entregado á Pedro las coronas de la tierra (1).» Pues esta divisa era purpúrea y como ensangrentada.

Y el santo hombre suspiró:

—No encuentro en la rueda universal la Verdad blanca y pura, la alba y cándida Verdad que busco.

Y llamó á la Verdad diciendo lloroso:

—¡Verdad por que muero, muéstrate á los ojos de tu mártir!

Y, mientras que así gemía, la rueda viviente empezó á girar y las divisas, confundiéndose, cesaron de ser distintas, y sobre el gran disco se formaron círculos de todos colores, y esos círculos eran mayores á medida que se alejaban del centro.

Y haciéndose el movimiento más acelerado, los círculos se desvanecían sucesivamente: primero desaparecían los más grandes por efecto de la velocidad que era mayor hacia la llanta. Pero cuando la rueda se hizo tan ágil como el ojo, no pudiendo éste percibir el movimiento, la juzgaba inerte, y los mínimos círculos se desvanecieron como la estrella de la mañana cuando el sol baña las colinas de Asís.

Entonces pareció blanca toda la rueda. Y superaba en esplendor al límpido astro que el floren-

(1) «La Pierre a remis á Pierre les couronnes de la terre.»

tino vió en el rocío Beatriz. Y se hubiese dicho que un ángel, habiendo limpiado la perla eternal para borrarle las manchas, la había depositado en la tierra: tanto la rueda se asemejaba á la luna que, en lo alto del cielo, brilla un poco velada por la gasa de las nubes ligeras. Pues entonces ninguna figura humana mal pergeñada ni ningún signo estaban indicados en su cara de ópalo. Tampoco había mancha en la rueda luminosa.

Y el santo hombre Giovanni oyó una voz que le decía:

—Contempla la verdad blanca que deseas conocer. Y sabe que está formada de todas las verdades contrarias, así como de todos los colores se compone el blanco. Y esto lo saben los niños de Viterbo por haber hecho girar en el mercado peonzas pintarrajeadas. Pero los doctores de Bolonia no han adivinado las razones de este efecto. Pues bien, en cada una de esas divisas hay una parte de la Verdad, y de todas se forma la verdadera divisa.

—¡Ay!—exclamó el santo hombre—. ¿Cómo podré leerla? Mis ojos están deslumbrados.

Y la voz respondió:

—Es verdad que sólo se ve fuego. Jamás por caracteres latinos, árabes ó griegos, jamás por signos mágicos, podrá esta divisa significarse, y no hay mano que pueda trazarla con signos ardientes en los muros de los palacios.

«Amigo, no te obstines en leer lo que no está escrito. Sabe solamente que cuanto el hombre ha pensado ó creído en su vida breve es una partícula de esta infinita Verdad; y que, así como hay mucha podredumbre en lo que se llama mundo, es decir, correspondencia, orden, limpieza, así las máximas de los malos y de los insensatos, que son el común de los hombres, participan en cierto sentido de la universal Verdad, que es absoluta, permanente y divina. Lo cual me hace temer que no existe».

Y lanzando una carcajada estridente, calló la voz.

Y el santo hombre vió avanzar un pie calzado de rojo que, al través del calzado, aparecía ahorquillado y en forma de pie de macho cabrío, pero mucho más grande. Y este pie golpeó tan rudamente á la rueda luminosa en el reborde de la llanta, que brotaron chispas como de un hierro batido por el martillo del herrero, y la máquina saltó para caer destrozada á lo lejos. Y el aire se pobló de una risa tan aguda, que el santo hombre despertó.

Y en la sombra lívida de la prisión, pensó tristemente:

—No espero conocer la Verdad si, como acaba de advertirme, sólo se manifiesta por medio de contradicciones y contrariedades, y ¿cómo pretenderé ser por mi muerte el testigo y el mártir

de lo que es preciso creer, cuando el espectáculo de la rueda universal me ha demostrado que toda mentira es una partícula de la verdad perfecta é incognoscible? ¿Por qué, Dios mío, habéis permitido que viese esas cosas y que me fuese revelado antes de mi sueño postrero que la Verdad está en todas partes y no lo está en ninguna?

Y con la cabeza entre las manos, lloró el santo hombre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

XV

EL JUICIO

Fra Giovanni fué conducido ante los magistrados de la República para ser juzgado según la ley de Viterbo. Y uno de los magistrados dijo á los guardias:

—Quitadle las cadenas. Todo acusado debe de comparecer libremente ante nosotros.

Y Giovanni pensó:

—¿Por qué el juez pronunció palabras de sentido oblicuo?

Y el primero de los magistrados comenzó interrogando al santo hombre. Y le dijo:

—Giovanni, mala persona, habiendo sido apisionado por la augusta clemencia de las leyes, has hablado contra esas leyes. Y has urdido, con los perversos aherrojados en el mismo calabozo que tú, un *complot* contra el orden existente en la ciudad.

El santo hombre Giovanni respondió:

—He hablado en pro de la justicia y de la Verdad. Si las leyes de la ciudad son conformes con

la justicia y la Verdad, no he hablado contra ellas. He pronunciado palabras de amor. Yo he dicho:

«No pretendáis destruir la fuerza con la fuerza. Sed pacíficos en medio de las guerras, para que el espíritu de Dios venga á vosotros como el pajarillo á la cima de un álamo, en el valle cubierto por el agua del torrente». Yo he dicho: «Sed dulces con los violentos.»

Y el juez exclamó colérico:

—¡Habla! Dinos quiénes son los violentos.

Y el santo hombre dijo:

—Queréis ordeñar á la vaca que ha dado toda su leche, y saber de mí más de lo que sé.

Pero el juez impuso silencio al santo hombre, y le dijo:

—Tu lengua ha lanzado la flecha del discurso y su punta se enderezaba hacia los príncipes de la República; pero ha caído muy baja, y se ha revuelto contra ti.

Y el santo hombre dijo:

—Me juzgáis, no por mis actos y palabras, que son manifiestos, sino por mis intenciones, que sólo de Dios son visibles.

Y el juez respondió:

—Si no viésemos lo invisible y si no fuésemos dioses en la tierra, ¿cómo nos sería posible juzgar á los hombres? ¿Ignoras que acaba de promulgarse una ley en Viterbo que persigue hasta los pen-

samientos más recónditos? Pues la policía de las ciudades se parece incesantemente, y el sabio Ulpiano, que ostentaba la regla y la escuadra en tiempo del César, se asombraría si viese nuestras escuadras y nuestras reglas mejoradas.

Y el juez prosiguió:

—Giovanni, has conspirado en tu prisión contra la cosa pública.

Pero el santo hombre negó haber conspirado contra la cosa de Viterbo. Entonces dijo el juez:

—El carcelero lo ha declarado.

Y el santo hombre preguntó:

—¿Qué peso tendrá mi testimonio en un platillo de la balanza, si el del carcelero se coloca en el otro?

El juez repuso:

—Tu testimonio tendrá leve peso en la balanza.

Por esta razón el santo hombre observó silencio.

Y el juez dijo:

—Hablarás inmediatamente, y tus palabras demostrarán tu perfidia. Y puesto que te callas, y tu silencio confiesa tu crimen, por dos veces has confesado que eres culpable.

Y el magistrado que recibía el nombre de acusador, se levantó y dijo:

—La insigne ciudad de Viterbo habla por mi boca, y mi palabra será grave y tranquila, por-

que es la palabra pública. Y creeréis oír hablar á una estatua, pues yo no acuso con mi corazón y con mis entrañas, sino con las tablas de bronce sobre las cuales la ley está escrita.

Y en seguida comenzó á agitarse y á pronunciar frases violentas. Y recitó el argumento de un drama, al modo de Séneca el trágico. Y este drama estaba lleno de crímenes realizados por el santo hombre Giovanni. Y el acusador representaba sucesivamente todos los personajes de la tragedia. Imitaba las súplicas de las víctimas y la voz de Giovanni para mejor interesar á las almas. Y se creía ver y oír á Giovanni en persona, sauce de ira y de crimen. Y el acusador se mesaba los pelos, desgarraba su toga, caía agotado en su sitial augusto.

Y el juez que había interrogado al reo, tomó otra vez la palabra, y dijo:

—Conviene que un ciudadano defienda á este hombre. Pues nadie, según la ley de Viterbo, puede ser condenado antes de que alguien le defienda.

Un abogado de Viterbo subió entonces á un escabel y habló en estos términos:

—Si este hombre ha dicho y hecho lo que se le imputa, es un malvado. Pero no existe prueba de que haya obrado ni hablado como se dice. Y, buenos señores, aunque existiese esa prueba, aún habría que considerar la extrema simplicidad de

este hombre y la extrema debilidad de su entendimiento. En la plaza pública era la burla de los muchachos. Es un ignorante. Ha hecho muchas extravagancias; y, por mi parte, le creo desprovisto de razón. Lo que dice vale tanto como nada, y nada sabe hacer. Me parece que ha frecuentado malas sociedades. Repite lo que oye; pero sin comprenderlo. Es demasiado estúpido para castigado. Buscad á los que le han seducido. Ellos son los culpables. Hay mucha incertidumbre en el presente caso, y el sabio ha dicho: «En la duda, abstente.»

Habló el abogado, y descendió del escabel. Y el hermano Giovanni recibió su sentencia de muerte. Y se le dijo que sería ahorcado en la plaza, donde los campesinos vienen á vender sus frutos y los chiquillos juegan á la taba.

Y un muy insigne doctor en Derecho, que se encontraba entre los jueces, se levantó y dijo:

—Giovanni, te conviene suscribir la sentencia que te condena, pues dictada en nombre de la ciudad, la dictas tú mismo, como parte integrante de la ciudad. Y tú tienes en ella una parte honrosa como ciudadano, y yo te demostraré que debes de estar contento de ser ahorcado por la justicia.

»En efecto, la satisfacción del todo comprende y contiene la satisfacción de las partes, y, puesto que formáis una parte, ínfima y miserable sin du-

da, de la noble ciudad de Viterbo, la condena que satisface á la ciudad debe satisfacerte á ti mismo.

»Y yo te demostraré todavía que debes de estimar tu sentencia de muerte como amable y decente. Pues nada hay tan útil y ordenado como el derecho, que es la justa medida de las cosas, y debe agradarte que se te haya otorgado esta buena medida. Según las reglas establecidas por César Justiniano, has recibido lo que te era debido. Y tu condena es justa, y por lo tanto, agradable y buena. Pero, aunque fuese injusta, maculada y contaminada de ignorancia é iniquidad (lo que Dios no quiera), aun así, te convendría el aprobarla.

»Pues una sentencia injusta, cuando se ha dictado según las formas de la justicia, participa de la virtud de estas formas y persiste por ellas augusta, eficaz y de gran virtud. Lo que en ella hay de malo es transitorio y de poca consecuencia y sólo afecta á lo particular, mientras lo que tiene de bueno lo recibe de la firmeza y permanencia de la institución de justicia, y por eso satisface á lo general. En este sentido se expresó Papiniano al proclamar que es preferible juzgar falsamente que abstenerse de juzgar, pues los hombres sin justicia son como bestias en la selva, mientras que por la justicia se manifiesta su nobleza y dignidad, como puede verse en el ejemplo de los jueces del Areópago que gozaban de singular pres-

tigio entre los atenienses. Ahora bien; como es necesario y provechoso el juzgar, y no es posible juzgar sin falta ni error, síguese que el error y la falta están comprendidos en la excelencia de la justicia y participan de esta excelencia. Por lo cual, si creyeses inicua tu sentencia, debes complacerte en esta iniquidad, en tanto que está aliada y amalgamada á la equidad, así como el estaño y el cobre se mezclan para formar el bronce, que es metal precioso empleado en nobilísimos usos, según dice Plinio en sus historias.

El doctor enumeró en seguida las comodidades y ventajas de la expiación que lava la culpa, como los criados lavan cada sábado el suelo de la casa. Y significó al santo hombre qué ventura era para él ser condenado á muerte por la augusta voluntad de la república de Viterbo que le había dado varios jueces y un defensor. Y cuando el doctor hubo concluído, fra Giovanni fué otra vez cargado de hierros y devuelto á la prisión.

XVI

EL PRÍNCIPE DEL MUNDO

Pues bien; la mañana del día señalado para su suplicio, el santo hombre Giovanni durmió profundamente. Y el Doctor Sutil, abriendo la puerta del calabozo, sacudió al durmiente de la manga, y dijo:

—¡Hola, hijo de mujer, despierta! Ya el día entreabre sus pupilas grises. Canta la alondra, y los vapores de la mañana acarician las faldas de los montes. Se ve deslizarse sobre los oteros las nubes aéreas y blancas con reflejos de rosa, que son los costados, los vientres y las caderas de las ninfas inmortales, hijas divinas de las aguas y del cielo, ondulante rebaño de vírgenes matutinas que el viejo Océano conduce por las montañas y que reciben en sus frescos brazos, sobre un lecho de jacintos y anémonas, á los dioses señores del mundo y á los pastores amados de las diosas. Pues hay pastores cuyas madres los concibieron hermosos y dignos de gustar la